

13.

LOS RESULTADOS DEL MÉTODO Y LOS GRANDES OLVIDADOS

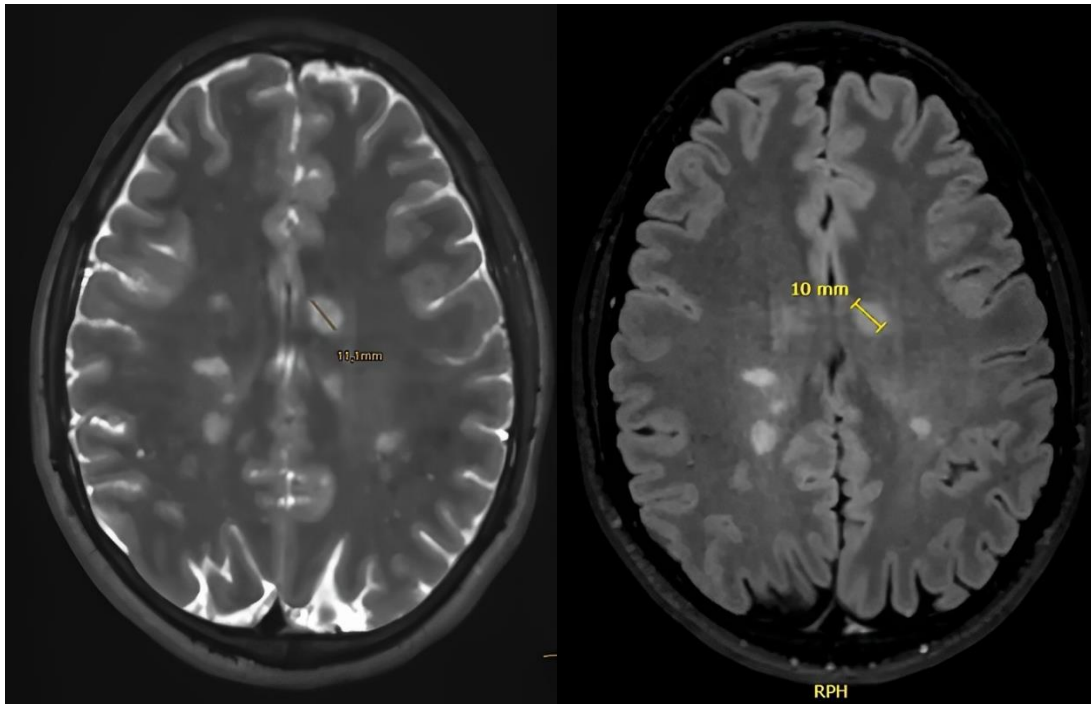
Cuando llegó la carta con las calificaciones de mis exámenes de acceso a la universidad, su contenido ya era irrelevante, porque iba a intentar ser tenista profesional. Años después, cuando refresqué mi email, sólo 2 días después de ver el miedo en el rostro de mi madre tras escuchar el diagnóstico, un mensaje que leía “¡Enhorabuena!” significaba que lo había conseguido. La universidad de Santa Mónica había abierto sus puertas. Mi tenis había garantizado la continuidad de mis estudios, y tenía la beca que tanto había buscado, pero también era irrelevante.

Para entonces, en una mano tenía todo aquello por lo que había luchado durante años: la posibilidad de mejorar mi entorno en una nueva universidad. Pero en la otra tenía un diagnóstico de esclerosis múltiple que me clavaba al suelo. Me sentía como el marinero que, intentado llegar a tierra lo antes posible, había tirado tantas partes del barco por la borda que al final se hundió. No pude aceptar la oferta.

Me mudé de Montana a Madrid, y empecé el tratamiento derrochando lágrimas por cada esquina. No por casualidad, ni a la ligera, incluyo el capítulo anterior. Tras aceptar mi situación, investigar, luchar, llorar, y también sonreír de vez en cuando, pude continuar los estudios universitarios en España. No habría más aventura en Estados Unidos, y tampoco habría tenis profesional. No había rastro, salvo en la memoria, de lo que eran mis planes anteriores, pero otros surgieron.

Conseguí terminar los estudios en España, y como la pierna y la vista cada vez iban mejor, decidí estudiar más sobre la autoinmunidad en otra universidad. El tema me cautivó tanto, y tenía tantas ganas de contribuir en la lucha, que no tuve más remedio que abrir mi consulta una vez graduado. Creo que es la mejor decisión que he tomado nunca.

Eché la vista atrás, y vi que la palabra “yo” había pesado demasiado en mi vocabulario. Era yo quien quería ser tenista. Era yo quien quería una beca mejor. Era yo quien quería un título en Estados Unidos, pero ¿qué había de los demás? Tras diagnósticos aceptados y becas rechazadas, encontré otro camino que nunca pensé que recorrería. Un camino que no se ve, pero que es el que está entre estas dos imágenes.



Te presento a mi cerebro. La imagen de la izquierda corresponde a mi resonancia de 2021, y la de la derecha a la última, en 2022. Los puntitos blancos que se ven rodeando el *corpus callosum* (la parte que divide el cerebro), son focos de inflamación – característicos del ataque del sistema inmune a la mielina de mis neuronas.

En la imagen de la izquierda, estos puntitos blancos, si hablaran, te contarían que están ahí porque sometí a mi cuerpo y mente a muchos de los desencadenantes que te he contado en la primera parte del libro. Por otro lado, si los puntos blancos de la imagen de 2022 pudieran también hablar, te dirían que es difícil, que va a haber recaídas y frustraciones, pero que son más pequeños de lo que eran, porque Sanar es Posible.

Los grandes olvidados

Poco probable no significa imposible. ¿Y qué pasa si sanar, en tu caso, no es posible? Aunque es poco probable que tu situación no pueda mejorar, es posible que seas una de las personas que, sin estar distorsionando la realidad, ya ve la muerte cercana debido a la gravedad de su enfermedad. Que sanar es posible es un hecho, pero *no* es un hecho, que sanar *siempre* es posible para *todo* el mundo. Este es otro de los matices que no se suelen mencionar por el miedo que nos da. Parecemos llenar nuestro discurso, casi de forma autoritaria, con palabra optimistas. «Sólo el optimismo y la esperanza son admisibles», reza el cartel que nos adherimos a la frente. Pero al hacerlo, excluimos a las personas – existentes – que no tienen posible cura ni sanación.

Estos son los grandes olvidados de nuestro discurso: los enfermos terminales. Queremos prescribir optimismo y esperanza; sin embargo, ¿de qué le sirven estas dos fuerzas a quien ya toca la muerte con la mano? ¿Acaso no es el optimismo, entendido como la creencia en posibles mejorías, una actividad inútil e irracional para el enfermo terminal? ¿Acaso no es la esperanza una fuerza inerte para quien ya se va? ¿Y acaso no somos nosotros unos hipócritas por hablar de valentía, pero no incluir a estas personas en nuestro discurso por el miedo que nos da la muerte?

En el momento en el que escribo, hace poco más de un mes que nos abandonó una guerrera terminal que quizás conozcas: Elena Huelva. Menciono a la joven de apenas 20 años, que luchó contra el sarcoma de Ewing, porque creo que en su actitud reside la respuesta a este problema. El problema consiste en determinar, exactamente, cómo debemos enfrentar el hecho de que, enfermos o no, vamos a morir algún día.

"¡Ojalá," nos dice Elena entre lágrimas, "no haber tenido que hacer este vídeo nunca, pero las cosas no están yendo bien. Me han encontrado más enfermedad en la tráquea. [...] No hace falta que diga mucho más.

Pero quiero dejar claro que yo ya he ganado. Pase lo que pase, sé que mi vida no ha sido en vano, porque he luchado. [...] Yo ya he ganado porque la vida se trata de vivir, y de llevarte recuerdos con las personas, y yo me llevo muchos”.

Elena nos enseñó que el espíritu humano es capaz de mirar a las más terribles circunstancias – y aun así ser valiente. Nos enseñó que, si hemos de irnos, podemos hacerlo sin que nuestra mente se deshaga en miedo. Al afrontar la muerte de esta manera, nadie se salva, pero sí ayudamos a los demás de la misma forma en que Elena nos ayudó a nosotros. Gracias a ella, hemos visto a alguien ser valiente cuando más difícil es. Y cuando llegue la inevitable hora de caminar por el fuego que son las dificultades en la vida, el mero hecho de haber observado actitudes como la de Elena, hará que el fuego queme menos nuestros pies.

La muerte nos da tanto miedo, que no paramos a preguntarnos cuál es la forma de afrontar el hecho de que todos vamos a morir. Sin embargo, otros, como hizo Elena, han encontrado la respuesta. Y como es el caso de las soluciones válidas a problemas extendidos, esta respuesta es universal, por lo que está presente en otros lugares.

En 1951, el escritor Isaac Asimov publicó *La Fundación*. Una novela en la que el psicólogo Hari Seldon descubre un método que permite predecir la caída de la civilización. Según el científico, en 500 años, ésta caerá, y una era de oscuridad y barbarie comenzará. Nada puede evitar la caída de la civilización, pero sí se puede, según sus investigaciones, hacer que la edad oscura dure 1.000 años en lugar de 29.000. Para ello, los científicos deben recopilar todo el conocimiento de la humanidad en una enciclopedia, que generaciones futuras puedan visitar – tarea que Hari Seldon sólo es capaz de comenzar, porque ya llega su hora.

"No, no." Dice Seldon, "Ahórreme su sorpresa y buenos deseos. Mis médicos me han dicho que no viviré más de uno o dos años. Pero para entonces, ya habré realizado todo lo que me había propuesto en la vida y
¿puede uno morir en mejores circunstancias?"

En la película *Furia de Titanes*, vemos una vez más la misma actitud. El semidiós Perseo entra, con Draco y sus compañeros de batalla, en la guarida de Medusa, con el objetivo de cortar su cabeza para – como suele ser habitual en estas pelis – salvar el mundo. Medusa ya había convertido en piedra a dos de sus compañeros, pero Perseo y Draco todavía luchan mirando al suelo para evitar correr la misma suerte.

En el momento adecuado, Draco decide abalanzarse sobre la gorgona, clavándole su espada para darle a Perseo una mejor oportunidad de cortarle la cabeza. Al hacerlo, queda expuesto a su mirada. Las serpientes de la cabeza de Medusa chillan mientras las piernas de Draco se van convirtiendo en piedra. Luego lo hace su torso, y mientras la carne de su cuello va dejando de ser carne para hacerse roca, Draco arquea la comisura de sus labios, haciendo que su última mueca al mundo sea una sonrisa.

Nuestra respuesta ante un estímulo constituye el estímulo ante el que otras personas responden. Parece un acertijo, pero éste es, *exactamente*, el motivo por el que la valentía, hasta el último momento, es la respuesta correcta. Cuando afrontamos una situación con valentía, otras personas pueden vernos, y aunque ya no estemos, esa mera observación mejorará sus vidas. Ése es el motivo por el que contamos historias de héroes mitológicos, de personajes de ficción, o de personas de carne y hueso como Elena.

Por tanto, cuando llegue nuestro día, que sea sabiendo que ya hemos ganado. Que sea sabiendo que hemos realizado todo lo que nos propusimos, o que al menos lo hayamos intentado con todo lo que tuvimos. Que sea sabiendo que, en nuestro último momento,

vamos a esbozar una sonrisa antes de convertirnos en piedra. Pero mientras tanto, que todo eso espere, porque Sanar es Posible – y lo vamos a intentar.

CONSIGUE tu copia: [haz click aquí](#)

Saludautoinmune.com